

ALEXANDRA ROMÁN

LA ESENCIA DEL ORÁCULO



UNA HISTORIA DE ASCENSIÓN DIVINA

LA ESENCIA DEL ORÁCULO

Una Historia de Ascensión Divina

Alexandra Román

Derechos de autor por © 2020 Alexandra Román

Todos los derechos reservados por la autora.

Ilustración de la portada por Versaly R Hernández Román. Instagram [@versalyr](https://www.instagram.com/versalyr)
Portada por Alexandra Román

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Introducción

La **Esencia del Oráculo** es un cuento corto de cómo **Iyeguá**, la antagonista, en su misión de convertirse en una divinidad, captura a la Señora del Oráculo y obtiene un don que le da más poder entre su raza. Esta es la primera en una serie de historias cortas narradas por varios personajes secundarios en la trilogía **Ascensión Divina** y es narrada por la **Señora del Oráculo**.

El primer libro de **Ascensión Divina** lo es **Obsesión**, un historia narrada por Iyeguá y Narigua, el protagonista. A ambos los introduzco en **La Esencia del Oráculo**.

En **Obsesión**, Iyeguá, líder de la raza longeva los kahali obsesionada por convertirse en una deidad, debe usurpar los poderes divinos de Yaya. Para lograrlo, tendrá que confiar en **Narigua**, el hijo que la traicionó en el pasado. A petición de Iyeguá, Narigua llevará a cabo la misión que cambiará su destino.

Lee gratis el 1er capítulo de Obsesión

Suscríbete a mi Newsletter para que leas gratis Los Poderes Divinos, el primer capítulo de Obsesión, la primera entrega de Ascensión Divina. Allí conocerás los planes de Iyeguá de convertirse en una divinidad, y cómo la Señora del Oráculo cambió la vida de Narigua. [Haz Click aquí.](#)

Lectores comparten su impresión de Obsesión

"Wow. Buenísima. La autora nos envuelve en un mundo actual, pero a la vez distante con nuestros taínos. Aunque admito que tuve que buscar información acerca de los términos utilizados, pero aun así disfruté mucho su lectura. La felicito autora por esta novela." —**Yara Rodríguez, Goodreads review.**

"Fascinante. Al principio los términos y los nombres se me hacían difícil, pero el capítulo cinco tiene un hook tan espectacular que te va poniendo todo en su sitio. Amo a Narigua." —**Michelle López, autora de Dalia.**

La Esencia del Oráculo

Una historia de Ascensión Divina

La bolsa de tela sobre su cabeza creaba una atmósfera tibia alrededor de su rostro con cada exhalación. La tensa soga con la que la amarraron rasguñaba sus muñecas con cada movimiento del caballo que la llevaba a paso lento a un lugar desconocido. Escuchaba murmullos a su alrededor y otros perdidos en la distancia. Un descuido de su parte la llevó a estar en esas circunstancias al confiar en seres que se convirtieron, en un cerrar y abrir de ojos, en traidores. No tenía motivo alguno para desconfiar de ellos, después de todo eran parte de su raza, eran hūaku.

Llevaba semanas de esa manera. Sus captores no le hablaban, cabalgaban todo el día y solo paraban para darle de comer y dejarla hacer sus necesidades. Al anochecer la dejaban descansar amarrada al tronco de un árbol con uno de ellos cerca. Hace una semana se negó en comer como estrategia para sacarles información y encontrar la manera de escapar, pero en balde, a ninguno le importó. Poco a poco fue manipulando la energía dentro de sí como Tauba, el Custodio de la Energía, le enseñó y liberarla lentamente para que el cuerpo subsista a falta de alimentación. De vez en cuando tomaba las hojas del suelo donde descansaba y drenaba la poca energía vital para subsistir. Lo hacía a escondidas para que sus captores no se dieran cuenta de la abominación que realizaba, pero también porque ellos no conocían que a ella se le había ense-

ñado a manipular el Elemento de la Energía. Un secreto que ella guardaba con recelo.

La noticia de su desaparición llegaría a los Custodios de los Elementos de la Creación, quienes en esos momentos defendían las fronteras de Ataiba, su nación, de sus enemigos, los kahali. Solo era cuestión de tiempo. Los kahali atacaban las fronteras del oeste que es bordeada de norte a sur por el sagrado bosque Yujiba, justo donde colinda con el reino de Vergerri. No debía perder las esperanzas, debía confiar en la voluntad del dios Yokajú, a quien servía, y que estaba en su plan divino el que ella estuviese en esas circunstancias. Sin embargo, aunque confiaba, también sentía miedo de lo que le esperaba al final de ese camino por los traidores la llevaban.

El caballo se detuvo y sintió unas manos quitar el amarre de sus muñecas. La molestia cesó un poco. Acarició sus muñecas que estaban en carne viva, pero el toque causaba mucho dolor. Hizo fluir un poco de energía vital a ambas muñecas para apaciguar el dolor y acelerar el proceso de curación. Por primera vez sintió su cuerpo pesado y abatido por el cansancio. Unas manos apretaron su cintura y la halaron para bajarla del caballo. Se tuvo que aguantar del que la bajó cuando sus piernas fallaron al tocar el suelo. Respiró profundamente y detuvo el proceso de curación de sus muñecas, debía mantener el resto de su cuerpo fortalecido. El dolor regresó, pero no tan fuerte como unos segundos atrás. Debía aguantarlo.

Con suma delicadeza le quitaron de la cabeza la bolsa de tela. Sabían lo que podía ocurrir si su antifaz era removido. Frente a ella estaba el hüaku que la engañó y en sus ojos verde bronce no había pizca de remordimiento, sino orgullo una característica típica de un Yikibu, el uraheke al que pertenecía. No había duda alguna que era a ellos a quien la entregaba, para que a través de ella los Yikibu obtengan el liderazgo de Ataiba como siempre han deseado.

—Como acordamos —dijo su raptor al tornarse a su izquierda.

El terror atravesó su pecho y sus labios se entre abrieron al ver que la entregaban a los kahali. Hubiese preferido los Yikibu, mil veces lo hubiese preferido. La piel se erizaba con el espanto ante su incierto destino. Ella sería para ellos un trofeo, una manera de obtener lo negado por los hūaku desde que les crearon: la perfección cuando se le entregue el elemento que carecen de los seis que ya poseen por naturaleza, el de la Sabiduría. La noción la espantaba y le rompía el alma, no por su seguridad, porque entregar el elemento significaba la muerte de Unaroko, el custodio del elemento de la Sabiduría y a quien amaba.

El kahali frente a ella era fornido, seis pies de altura y de ojos azul añil que evidenciaba era perteneciente al uraheke Jikema, la estirpe más poderosa de los kahali, la de arakoel Iyeguá, líder de la raza. En su cuello colgaba el guaribo, un heptágono de oro que en su centro lleva el símbolo de Arakoel y sobre éste un manaya, el símbolo del general de las tropas de nikahali, los guerreros de Arakoel, y por tal él un ser inmisericorde.

Confía, no hay que temer, se dijo mientras un escalofrío corrió por su espalda.

La tomó por su antebrazo, pero el hūaku lo detuvo:

—Yo la llevaré a Arakoel. El kahali se tornó hacia él intimidante, el hūaku tenía que subir su rostro para poder mirarle a los ojos, pero no le temía.

—A ella le verá a solas —dijo con voz fuerte y prepotente. Un sonido agudo se escuchó escapar de las bocas de los traidores. Ella se viró a mirarles y su alma tembló al ver las puntas de las lanzas ensangrentadas salir del pecho de sus traidores. El kahali la tornó hacia él y le miró serio con pizca de odio denotando quién estaba al mando. Se perdió en su mirada y en ese instante el tiempo se detuvo, todo se inmovilizó y ella escuchó el susurro suave y sutil de la voz de Yokajú, y la visión destinada para el kahali se dibujó en su mente. Fue corta y sencilla con un toque de angustia y

dolor, de igual manera llena de una sensación de paz que embargaba todos sus sentimientos. Una visión que nunca antes experimentó, una que era esperanzadora y por tal la confundía de sobremanera por ser él quién era. Abrió su boca para entregarla como era su deber acercándose con cautela, pero él le haló su brazo con rudeza. Sin pelear, se dejó llevar por él quien la sujetaba fuertemente mirándole de reojo.

Trató en vano varias veces de hablar, de detenerle halando su brazo, pero él le hacía caso omiso. Debía hacer algo, tal vez esa era la única oportunidad que tendría para transmitirle la visión. Cayó al suelo de rodillas esperando que él se detuviera y se bajara a ayudarlo a poner de pie y ese sería su momento. Él al sentir que caía la soltó y de inmediato sin preocupación alguna, la tomó de nuevo por el antebrazo y la puso en pie. No pudo, el halón que le dio le hizo tragarse las palabras. Caminaron hacia un gran bohío rectangular, dos nikahali velaban la entrada y la bandera heptagonal de la nación de Yagüeka, un heptágono con doble borde plateado con un cemí marrón en su centro y dentro de este un heptágono dorado con un par de pétalos naciendo de cada esquina, ondeaba con elegancia de un mástil. Los nikahali saludaron con respeto a su guaribo, y a ella le miraron con odio al entrar al bohío. El suelo estaba cubierto con enormes alfombras de paja. Butacas y mesas de diferentes tamaños decoraban el interior iluminado por candelabros. Una pesada cortina escondía el dormitorio y frente a ésta un gran escritorio donde estaba sentada la matriarca de los kahali, Arakoel. En silencio estaba a su lado un naborí, su esclavo, quien tenía su cabeza y cuello cubiertos por una máscara de tela que hacían imposible ver su rostro.

La matriarca escribía con una larga pluma cuando fue interrumpida por el guaribo:

—Arakoel —ella alzó su mirada, una media sonrisa se delineó en sus carnosos labios. Era de piel cobriza, su cabellera negra grisácea y de mechones azul añil estaba sujeta en una larga trenza decorada con caracoles, y sus ojos, del mismo color que sus me-

chones, estaban delineados por una gruesa línea negra que cruzaba de la sien derecha a la izquierda.

—Narigua —dijo—, espera afuera —su voz era autoritaria.

El guaribo hizo una reverencia y se marchó. La Señora le siguió con la mirada deseosa en transmitirle su visión, pero no podía hacerlo frente a los presentes. Estaba destinada para él y no para nadie más. Él se marchó del bohío sin prestarle atención alguna.

Regresó su mirada hacia Arakoel quien escribía como si no le importara su presencia. Su corazón palpitaba fuertemente, sus manos sudaban, su respirar era aligero y no podía controlar el nerviosismo que corría por sus venas. Debía apaciguar su corazón y dejar el temor a un lado. Todo tenía un propósito y no podía desesperar.

Respira y relajate.

Mientras esperaba a que Arakoel le prestara su atención, respiraba profundamente una y otra vez mientras dibujaba en su mente la palabra paz. El temor se disipaba con lentitud y la calma interior se apoderaba de su ser.

—Me satisface tenerla ante mi presencia, a usted, que solo algunos ven, que solo un puñado de afortunados escuchan sus profecías y lo que ve en sus visiones. En contra de todo y de Yokajú, aquí está bajo mi poder —dijo finalmente Arakoel mientras entregaba la carta que había escrito a su naborí.

Yokajú, por supuesto, y recordó el motivo.

El naborí luego de una reverencia se marchó dejándolas a solas. Arakoel se acercó a ella y observó con detenimiento el antifaz que protegía su mirada de las de los demás.

Espero lo retire, se dijo la Señora.

—Se siente la seducción de tan solo mirarle —expresó mientras le miraba. Respiró profundamente—. La curiosidad es un arma de doble filo, Señora, y es lo que ese antifaz despierta en el ser. Tras de él una mirada mortal, una maldición. La solidificación de un corazón sin un futuro esperanzador, o lo contrario si es retirado

por vanidad para buscar en sus ojos lo destinado sin ser dado por Yokajú. Conozco todo sobre, usted. Es la conexión entre Yokajú, la divinidad creadora de los hüaku, y el mundo terrero; la mensajera de las profecías y las visiones. Esa es su función, por eso los hüaku la consideran sagrada y harán lo inimaginable para mantenerla a salvo. Usted, sabe lo que queremos —hizo una pausa, en su rostro se dibujaba la satisfacción.

La Señora sonrió y con serena confianza, contestó a Arakoel:

—No estoy ante usted por designios suyos, arakoel Iyeguá, sino porque así lo desea Yokajú —sus palabras turbaron a Arakoel, se notó en su mirada. Mas su semblante se iluminó, lo que la perturbó.

—Entonces, habla —demandó ella con satisfacción—. ¡Dime las palabras de Yokajú! —exclamó acercándose a ella.

Jamás imaginó que sería como una prisionera que algún día le diría las palabras de Yokajú a Arakoel. Miles de veces pensó en enviarle un mensaje y reunirse en son de paz con ella para entregarlos, pero el temor a que tomara represalias en su contra la hizo desistir a sabiendas que era su deber entregarlos personalmente sin importar las consecuencias. Yokajú se encargó de eso.

Se acercó a ella, sus labios se entre abrieron, pero Arakoel la detuvo y en voz baja le indicó:

—Alto. No digas nada. Sé que puedes hacerlo de otra forma y quiero que me hagas ver.

—¿Desea ver su profecía? —preguntó la Señora confusa.

—Sí. Quiero ver la visión que acompaña mi profecía.

Se mantuvo en silencio por varios segundos. Los ojos de Iyeguá se fijaron sobre el antifaz y parecía que veía los suyos. Esperaba paciente por su respuesta; tenía que darle su profecía, era su deber. Su tormento interno regresó dejándose percibir a través de su alígero respirar, palpitante en su pecho que se inflaba con cada inhalación. Le pedía algo que no se hacía en cientos de años a causa de los efectos psicológicos adversos que afectó a muchos al

tener viva en sus mentes la visión destinada a ellos. Algunos enloquecieron, otros se transformaron en seres contrarios a su naturaleza. Por tal, sus antecedentes solo las expresaban en palabras para que aquellos destinados a recibir el mensaje de Yokajú vinieran a ellas sin miedos. Sin embargo, si la pedían ver, debía entregarla.

Arakoel sonrió de placer con su mirada fija sobre la de ella. Finalmente, la Señora del Oráculo preguntó con la esperanza de que se retractara de su pedido:

—¿Quién le dijo qué una profecía puede revelarse de esa forma?

—Como le dije, conozco todo sobre, usted. Es su deber darme mi profecía y quiero sentirla dentro de mi ser.

Luego de un corto silencio y de discernir el pedido, la Señora respondió:

—No sabe lo que pide. Las palabras son más fáciles de discernir y las sensaciones crudas de lo que vemos nos pueden impactar, a tal punto, que podrían cambiar nuestras vidas —Lo que espero suceda, se dijo.

Arakoel tornó su mirada a un lado para asimilar las palabras dichas. Una sombra de maldad se apoderó de su mirada y cambió las facciones de su rostro del cual emanaba terror para aquel que le mirara. Así miró a la Señora, que espantada retrocedió. Arakoel avanzó hacia ella y ordenó con voz tenebrosa:

—Revela tu profecía, ¡Oh, Señora del Oráculo!

—Bien —contestó temblorosa. Mas haré algo de lo que el pasado es testigo, confiando en que esto cambie nuestro destino y sea para el bienestar de nuestras razas.

Arakoel se arrodilló frente a ella quien colocó sobre la nuca de su cabeza su mano derecha y sobre su pecho la izquierda decorada con el yará, pulsera en oro utilizada por los Custodios y ella y símbolo de su poder. La Señora sabía lo que sucedería, iba a sentir por la conexión entre ambas todo lo que Arakoel sentiría, pero ella estaba creada para soportar las sensaciones que acompañaban a las visiones, Arakoel no. Hizo que la Esencia Divina que en ella

vive y la destina a ser la Señora del Oráculo entrara en Arakoel, tocara su alma y dejara parte de sí allí. Respiró y entregó. Sintió como el cuerpo de Arakoel era inundado de paz y serenidad, era el toque de Yokajú que, al entrar en su ser, abría su mente por completo a la espera de la visión. Esta entró en su cerebro, tal y como un rayo cae sobre un árbol haciendo que todo su cuerpo quedara tieso. Su boca se abrió para poder respirar, un intento fallido; y mientras se quedaba sin aliento y clavaba fuertemente sus uñas en la alfombra de paja que servía de piso en su bohío, la visión de una profecía se dibujaba en su mente. Un rayo, una piedra, un rostro negro en pena...

La Señora comenzó a hablar y Arakoel delineaba las palabras en sus labios:

—La mano suprema esculpirá tu rostro en piedra. En negro sellará tu destino. La eternidad efímera de un inmortal. Tallado en piedra la angustia, el dolor y la penitencia. De tus labios, la cólera de Yokajú nacerá y la eternidad anhelada.

Arakoel se empujó hacia atrás con las pocas fuerzas que le quedaban en su cuerpo para romper el contacto que tenía con ella. Cayó de espaldas al suelo, jadeando. Por varios minutos quedó tendida allí. Con dificultad se sentó. Ella al mismo tiempo cayó de rodillas dejando que sus brazos detuvieran la caída de su torso al suelo. Miraba en silencio a Arakoel. Respiraba lentamente, exhausta. La revelación tomó bastante de su energía y comenzaba a sentir la extenuación de un cuerpo que necesitaba sustento.

—¿Eso es lo que sientes cada vez que se te entrega una profecía? —preguntó Arakoel exhausta.

—No siempre, mi cuerpo ha sido creado para esto —respiró—. La tuya, no obstante, fue una dolorosa —hizo una corta pausa para que su cuerpo apaciguara un poco el dolor que experimentó—. Aún hay otra —anunció la Señora mientras se acercaba a ella gateando.

—¡No!, no más —exclamó con rostro de repudio y temblorosa levantó su mano.

De igual forma la Señora se acercó.

—Esta profecía te incumbe y debo entregarla.

—Hazlo, pero en palabras —le ordenó.

Debía realizar su deber y esta visión sería extenuarte en dolor comparada con la primera. Por tal, sin remordimientos a sabiendas que no debía hacerlo, al tocarla en su pecho drenó de Arakoel un poco de energía vital para revelar la visión. Arakoel sujetó fuertemente su muñeca y la separó de su pecho mirándola con repudio. Sabe lo que hago, se dijo confundida. Sin prestar más atención a lo ocurrido, se acercó a su oído y en él susurró la profecía del Último Suspiro de Amaya. La visión entró en la mente de Arakoel dejándola nuevamente sin aliento. Al recuperarse, dijo indignada a la Señora:

—Te ordené que no me dieras la visión.

—Pediste la profecía y esta no puede ser dada si no es acompañada por la visión —contestó con desfallecimiento—. La visión vino a usted, por lo que entregué en su alma. De ahora en adelante —dijo ella con voz misteriosa y tono de advertencia—, escucharás la voz de Yokajú. Le aconsejo no mirar a nadie directamente a los ojos puede que vea visiones que le harán agonizar o le llenarán de esperanzas, pero únicamente la de los demás. Las tuyas no le serán reveladas. Arakoel Iyeguá, dentro de su ser hay una diminuta porción de la Esencia del Oráculo.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó confundida Arakoel.

—Son los designios de Yokajú —contestó disfrazando sus verdaderas razones tras la sombra de la divinidad con la esperanza de que no fuesen refutadas.

—Me das la marca de un naborí —susurró con enojo. Arakoel aún débil se levantó y tomó de la mesa que estaba cerca de ella una maraca de oro, y a su retumbar entró inmediatamente el naborí. A éste le ordenó le entregase a Narigua la Señora y la llevase al bohío asignado—. Doblen la seguridad y nadie tiene permiso a verla, con excepción de mi rahu, Narigua.

Es su rahu, se dijo la Señora al conocer que el kahali al que le debía entregar las palabras de Yokajú era el hijo de Arakoel. Solo él tiene permiso en verme, tengo una oportunidad.

—¡Qué nadie me moleste a menos que no traigan la respuesta de los hūaku! —concluyó Arakoel.

Mientras se la llevaban casi arrastrando porque no tenía casi fuerzas para caminar, miró a donde estaba Arakoel sentada. La Señora estaba complacida de haber realizado su deber aunque en circunstancias peligrosas. De igual manera, sintió remordimiento de no haberlo hecho con anterioridad. Todo por desobedecer. Todo por temer y no confiar. Hubiese evitado la muerte de seres queridos, los eventos presentes y los futuros. De lo que no se arrepentía era de haberle dado la esencia de su elemento a Arakoel. No era la primera vez que se le daba a un kahali la esencia de un elemento. Ella estuvo presente ese día que guarda en su memoria y que nadie debe conocer. Las razones del Custodio la movieron a imitar ese acto que él llamó un paso a la unidad y en él confiaba.



Los Poderes Divinos

¿Quieres saber qué pasó luego de este encuentro?

[Suscríbete a mi Newsletter](#) para que leas gratis Los Poderes Divinos, el primer capítulo de Obsesión, la primera entrega de Ascensión Divina. Allí conocerás los planes de Iyeguá de convertirse en una divinidad, y cómo la Señora del Oráculo cambió la vida de Narigua.

Libros de Ascensión Divina

Obsesión

¿Qué hubiese sido de la civilización taína si los españoles **no hubiesen llegado al Caribe**? Ascensión Divina explora esa interrogante en una historia de fantasía donde sus razas convergen con los avances de alta tecnología.



En **Obsesión**, Iyeguá, líder de la raza longeva los kahali obsesionada por convertirse en una deidad, debe usurpar los poderes divinos de Yaya. Tendrá que confiar en Narigua, el hijo que la traicionó en el pasado. A petición de Iyeguá, Narigua llevará a cabo la misión que cambiará su destino.

¿Dónde puedes conseguir a **Obsesión**, la primera entrega de Ascensión Divina?

- Para una copia firmada, en AlexandraRoman.com
- [Tazas y Portadas](#)
- Casa Norberto en Plazas Las Américas
- Librería Norberto González en Río Piedras
- La Librería Laberinto en el Viejo San Juan
- La Casita Books and Gifts en Aguadilla
- The Bookmark en San Patricio Plaza
- El Candil de Ponce

Acerca de la autora

Alexandra Román



Alexandra Román es una escritora puertorriqueña de fantasía que tomó de inspiración sus raíces taínas para crear las culturas que se desenvuelven en la trilogía Ascensión Divina. El **Taino Awards** en enero de 2020 para su 12th Annual Ceremony, le otorga el "Areito Award Author of the Year" por su novela Obsesión.

Mantiene un podcast para darte el empujoncito que necesitas para ponerte a escribir, llamado [Arte Escrito Podcast](#). Lo consigues en iTunes, Spotify y Google Podcasts.

Su más reciente contribución fue en la antología de cómics "Ricanstruction" de Edgardo Miranda. Ha sido publicada en "La Prensa de Chicago", Better Homes and Garden, Mija Magazine, y en la antología "Todos somos inmigrantes". Es autora también de El Valle de la Inspiración. Vive en Puerto Rico con su familia y gata.

¿Quieres conocer más de la escritora? Visita su página en alexandraroman.com

Sus redes sociales son Instagram y Twitter como alexandraroman, y Facebook como writer alexandra roman. Suscríbete a su [Newsletter](#) para que te enteres en lo que la escritora anda metida y sus escritos.